

DIALECTOLOGÍA Y GEOGRAFÍA LINGÜÍSTICA

por PILAR GARCÍA MOUTON

Introducción

La Geografía lingüística, como la Dialectología, estudia la variación de la lengua, pero la estudia en el espacio, y la refleja sobre mapas. Su novedad radica en que recoge los hechos lingüísticos en unos lugares previamente convenidos, con una metodología estricta que incluye la encuesta directa, y los dispone en mapas, en los que muestra su localización. Estos mapas se agrupan formando atlas lingüísticos. En realidad, la Geografía lingüística no se considera una ciencia en sí, sino un método dialectológico que aparece a fines del XIX y principios del XX, en un entorno muy interesado ya de antiguo por las hablas vivas, para estudiar la lengua hablada desde este nuevo enfoque. Los trabajos que se hicieron después sobre esas ingentes colecciones de materiales han dado frutos espectaculares para toda la Lingüística, no sólo para la Dialectología. A esa segunda etapa de interpretación de los mapas y de teorización, en un momento dado se la ha podido considerar disciplina al margen, aunque siempre muy cerca, de la Dialectología. Con el paso del tiempo, la Geografía lingüística ha pasado a constituir uno de los métodos más productivos de investigación lingüística.

Nacimiento

El fundador de la Geografía lingüística fue, sin duda, Jules Gilliéron, director del *Atlas linguistique de la France (ALF)*, que estableció las bases del método, aunque es cierto que antes de él hubo intentos de cartografiar el resultado de encuestas¹ y que el ambiente intelectual estaba preparado, en cierto modo, por los trabajos del teórico de la dialectología Graziadio Isaia Ascoli para acoger estos avances. Ya entonces los dialectos se estudiaban desde el enfoque de los neogramáticos, pero con un interés fundamental por el sonido, por lo fonético, que rara vez iba más allá. Así traba-

1. Cfr. las páginas de la *Introducción (XXXIV-XLIV)* de Sever Pop a su monumental *La Dialectologie*, II, J. Duculot, Gembloux [s.a.].

jó Georg Wenker en su *Sprachatlas von Nord- und Mitteldeutschland* (1881), tratando de probar la existencia de los límites entre dialectos, y tampoco G. Weigand superó el lado fonético al plantear el atlas dacorumano (1909).²

En este marco surge el atlas de Gilliéron, el primero en abordar «la exposición cartográfica de los fenómenos morfológicos y léxicos, sin limitarse exclusivamente a los fonéticos».³ De entrada, tomó como territorio de investigación toda Francia y decidió investigarla con un cuestionario de más de 1.900 preguntas, en una red formada por 639 localidades que comprendía todas las hablas galorrománicas, incluidas sus extensiones fuera del país. El cuestionario lo preguntó sobre el terreno un solo encuestador, Edmond Edmont, dialectólogo, que transcribió las respuestas en alfabeto fonético, respuestas de un hablante por localidad —un informante— que debía ser del lugar, no haber estudiado y hablar dialecto. Edmont remitía los cuestionarios a Gilliéron, que redactaba los mapas definitivos. Cada mapa correspondía a un concepto. Así se hizo el *ALF* y, con su publicación en 1902, nació la Geografía lingüística.

Terminología

Geografía lingüística traduce la denominación francesa *géographie linguistique*, que fue la primera en utilizarse, y se tradujo también a las demás lenguas románicas. Sin embargo, este nombre se ha criticado con frecuencia porque, en realidad, no parece adecuarse a su contenido y puede llegar a confundir, ya que, evidentemente, no se trata de una geografía de las lenguas, ni de aplicaciones lingüísticas a la geografía. Por su parte, los alemanes alternan *Sprachgeographie* con *Dialektgeographie* 'geografía dialectal'; pero en el ámbito románico el uso ha acabado imponiendo *geografía lingüística* y, aunque Albert Dauzat piense que *lingüística geográfica* hubiera sido un nombre más adecuado, también reconoce que ya «es demasiado tarde para reconsiderar una denominación consagrada por numerosos trabajos».⁴ Desde hace años, también *geolingüística* se emplea como sinónimo, sobre todo entre los romanistas.⁵

Son palabras clave en esta metodología:

— *cuestionario*: conjunto de preguntas a través de las cuales se espera obtener determinados materiales lingüísticos.

2. I. Iordan, *Lingüística románica*, trad., reel. parcial y notas de M. Alvar, Alcalá, Madrid, 1967, pp. 253 y 257.

3. K. Jaberg, *Geografía lingüística. Ensayo de interpretación del «Atlas Lingüístico de Francia»*, trad. de A. Llorente y M. Alvar, Univ. de Granada, 1959, p. 11.

4. Citado por I. Iordan, *op.cit.*, p. 252 n. 3: «il est trop tard pour revenir sur une appellation consacrée par de nombreux travaux»; M. Cortelazzo, *Avviamento critico allo Studio della dialettologia italiana*, I, *Problemi e metodi*, Pacini, Pisa, 1976, p. 103, es de la misma opinión, mantenerla «anche se manifestamente impropria». Cfr. sobre este punto E. Coseriu, «La geografía lingüística», en *El hombre y su lenguaje*, Gredos, Madrid, 1991, 2.ª ed., p. 114.

5. La revista del Departamento de Dialectología de la Universidad de Grenoble, nacida para acoger las síntesis románicas del *ALE*, se llama *Géolinguistique*.

— *red de encuesta*: conjunto de localidades en las que se decide hacer encuesta. Se eligen según diversos criterios y se intenta que representen todo el territorio estudiado. La red se estrecha, es decir, incluye más lugares, en tierras donde el dialecto es más interesante, en zonas aisladas, en fronteras, etcétera. Se ensancha, en cambio, donde se supone que hay mayor uniformidad. Al principio, el enfoque historicista buscaba sólo lo más arcaizante, lo más alejado de los centros de innovación y, por eso, se evitaba incluir ciudades en la red de encuesta, criterio que se reconsideró después.

— *encuestador*: investigador preparado para elegir informante, preguntarle adecuadamente el cuestionario y transcribir sus respuestas. Un atlas puede contar con más de un encuestador, siempre que el equipo sea homogéneo.

— *informante*: en los puntos rurales suele ser un hombre, maduro, del lugar, sin instrucción. La tradición busca este informante-tipo, aunque en ocasiones se completa la encuesta con otros informantes: mujeres; trabajadores especializados para léxicos específicos (alfareros, marineros...); etc. La metodología geolingüística parte del principio de representatividad del informante: bien elegido, un solo informante representa el habla de su comunidad. En las ciudades, donde las diferencias sociales se dejan sentir mucho más en la forma de hablar, se buscan varios informantes de los dos sexos, de distinta edad, distinto nivel de instrucción y distinto barrio, que representen la complejidad urbana.⁶

Primeros resultados

Las reacciones al *ALF* no se hicieron esperar. Muchas fueron entusiastas, por las posibilidades que los lingüistas vieron en aquellos mapas que reproducían sonidos, pero también palabras en su variación dialectal y porque nunca antes habían contado con materiales tan fiables. Sin embargo, los historicistas más tradicionales criticaron duramente esa visión sincrónica y estática que reflejan los mapas.

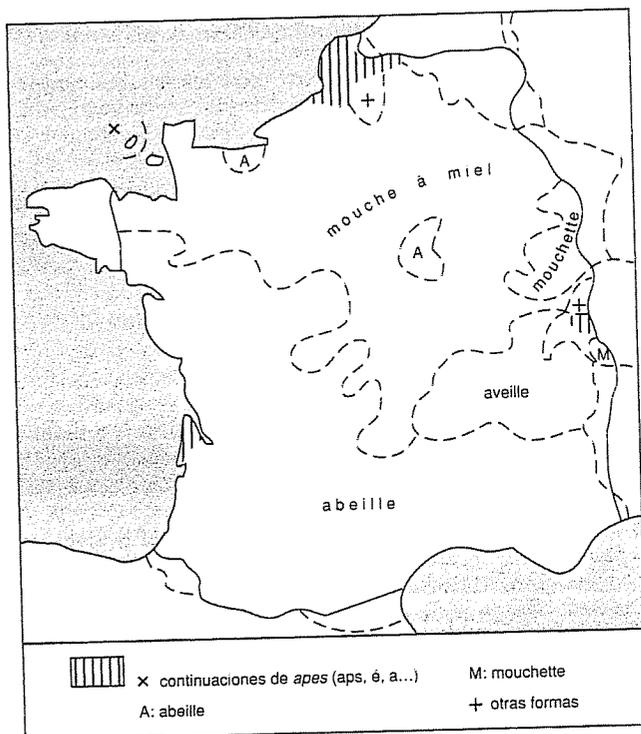
Ahora bien, con ser extraordinario el trabajo del *ALF*, lo que más revolucionó el panorama lingüístico europeo fueron los trabajos posteriores de Gilliéron, en los que estudiaba de una forma desconocida hasta entonces, más que los dialectos en sí, la vida de la lengua a partir de esos mapas, reconstruyendo las situaciones anteriores a la que aparecía cartografiada.⁷

En sus estudios, Gilliéron siguió los pasos de la lengua en los mapas con términos llenos de vida. No explicaba los cambios lingüísticos a través de leyes fonéticas más o menos inmutables; los explicaba por la necesidad que tienen los hablantes de evitar la ambigüedad. Para él, la evolución fonética hace que por diversas causas las palabras caigan enfermas: porque pierden cuerpo fonético y quedan reducidas a pocas letras con el consiguiente riesgo de desaparecer; porque, al cambiar, confluyen con otras y entonces se confunden, etc. De este modo se llegan a producir *homonimias soportables* y *homonimias insoportables*. El hablante resuelve estos proce-

6. Para todas las cuestiones metodológicas, *vid.* M. Alvar, *Estructuralismo, geografía lingüística y dialectología actual*, Gredos, Madrid, 1973, 2.ª ed., especialmente las páginas 115-155.

7. Iordan, *op.cit.*, p. 263: «Solamente después de esto se podría hablar de una nueva disciplina: la geografía lingüística.»

los *patológicos* de homonimia y etimología popular poniendo en marcha recursos *terapéuticos* como la adición de sufijos, los cambios de género, las sustituciones léxicas, etc. Todo esto surgía al estudiar detenidamente las palabras en los mapas del ALF. De esta manera, como escribió Jaberg, «Gilliéron devolvió su dignidad a la palabra»,⁸ al tiempo que ampliaba el campo de los estudios anteriores con unos materiales riquísimos, localizados en el espacio, que permitieron comparar áreas y aclarar muchos problemas de biología y sociología del lenguaje.



I. El famoso mapa de la *abeille* 'abeja' sirvió a Gilliéron para ilustrar estas afirmaciones teóricas: el latín *APIS*, acusativo *APEM*, en su evolución al francés, vio reducido su cuerpo fonético a resultados monosilábicos del tipo *e, ef*, que ponían en peligro su supervivencia; de ahí que los hablantes recurrieran a formaciones diminutivas (*APICULA* 'abejita' > *abeille*, también origen del español *abeja*) o a formaciones perifrásticas (*mouche à miel* 'mosca de miel').⁹

A partir del análisis de los mapas se vio que las palabras, como los hablantes, se desplazan; que disponen de vías para avanzar y que a veces encuentran obstáculos que las detienen. En sus viajes luchan por imponerse y, en consecuencia, unas resultan vencedoras, y otras, vencidas. También se vio que hay centros de expansión fuertes (capitales, núcleos de poder económico, cultural, etc.), que dan prestigio a las palabras que difunden; que las regiones aisladas son menos receptivas ante lo nuevo, que los centros culturales lo son mucho más... Esto puso de manifiesto que es un error estudiar la vida de las palabras sólo en su evolución fonética, sin atender a todas las vicisitudes por las que pasan, que son la causa de que *cada palabra tenga su propia historia*.

Enfocando desde una perspectiva diacrónica la lectura de mapas, se observaron también distintas capas, estratificaciones lingüísticas de épocas diferentes, las más antiguas en las áreas laterales —las aisladas o marginales respecto a los centros de irradiación cultural—; se advirtieron también innovaciones sin relación entre sí, que se manifiestan como erupciones, etcétera.¹⁰ Así, remontándose hacia el pasado, se pudo hacer *geología lingüística*, una de las primeras aplicaciones del método.¹¹

Evolución

El éxito del ALF cuajó pronto en proyectos de atlas en distintos países. Metodológicamente, el más importante fue el *Sprach- und Sachatlas Italiens und der Südschweiz (AIS)*, publicado entre 1928 y 1940, el atlas italo-suizo de Karl Jaberg y Jakob Jud, porque supuso un serio avance teórico: utilizó cuestionarios diferentes según el lugar de encuesta; incluyó las ciudades como núcleos de irradiación; hizo hincapié en la relación entre lengua y cultura material, en el marco del movimiento *Wörter und Sachen* ('palabras y cosas'), dando a las encuestas una orientación etnográfica; atendió al elemento histórico y, algo esencial, enlazó los conceptos por su significado en la estructura del cuestionario y del atlas.

Con el tiempo, también se dio un paso fundamental en otra dirección: los grandes atlas habían proporcionado hasta entonces una imagen general y muchos materiales sobre grandes espacios, y la evolución lógica fue la propuesta de reducir el territorio y estudiarlo en profundidad. Nacieron así proyectos de atlas regionales, sobre los que Jaberg teorizó en su artículo

10. Evolución teórica de los logros de la Geografía lingüística, combinados con la teoría de Ascoli y la de los idealistas italianos, es la *neolingüística* de M. Bartoli, ejemplificada sobre lenguas, pero igualmente aplicable a los dialectos. Además de establecer la importancia del prestigio en la difusión de las innovaciones, promulgó las famosas normas areales, que permiten establecer la cronología de las distintas áreas espaciales. Una de sus aportaciones más interesantes es la de evidenciar que dos procesos que parecen simultáneos pueden partir de dos épocas diferentes de la lengua de origen [cfr. E. Coseriu, *op. cit.*, pp. 147-153].

11. Como escribió Dauzat: «La geografía lingüística tiene como objetivo esencial reconstruir la historia de las palabras, de las flexiones, de las agrupaciones sintácticas, según la repartición de las formas y de los tipos actuales» [La *géographie linguistique*, Flammarion, París, 1922, p. 31: «La géographie linguistique a pour but essentiel de reconstituer l'histoire des mots, des flexions, des groupements syntaxiques, d'après la répartition des formes et des types actuels»].

8. Textualmente: «Gilliéron a rendu sa dignité au mot», en *Aspects géographiques du langage*, Droz, París, 1936, p. 14

9. Tomado de Coseriu, *op. cit.*, p. 143.

lo sobre *atlas de gran dominio* y *atlas de pequeño dominio*, señalando la utilidad y los distintos alcances de los dos tipos de atlas.¹²

Los atlas de gran dominio, como el *ALF* o el *ALS*, respondían a una necesidad de contar con una visión de conjunto, de saber sobre una situación dialectal que podía verse alterada en poco tiempo. Al investigar territorios tan extensos, la red de encuesta no podía ser estrecha, no se podía encuestar en muchos lugares; el cuestionario, en estos casos, tenía que caracterizar a través de sus preguntas a grandes pinceladas, y poco más, para poder adaptarse a culturas diferentes, dialectos e incluso lenguas distintas, y a tierras alejadas entre sí, de modo que para este tipo de atlas sólo resultaban útiles las preguntas más generales.

Cuando se planteó la etapa siguiente, se buscaron precisamente los aspectos que el atlas general no había llegado a reflejar o sólo había esbozado: lo específico, lo propio de una zona concreta y de su dialecto. Con esa idea, Albert Dauzat coordinó el proyecto del *Nouvel atlas linguistique de la France* por regiones (*NALF*); en él, los cuestionarios de cada uno de los atlas que lo integraban mantenían una parte común —que en el futuro pudiera proporcionar por yuxtaposición mapas generales de toda Francia— y el resto era libre, de modo que pudiera incluir lo más adecuado a la realidad lingüística y cultural de su zona. Además, en estos atlas, la red de puntos se estrechaba todo lo necesario para no dejar escapar nada interesante.

Después del *NALF* han venido muchos otros atlas regionales y los resultados han demostrado que son mucho más válidos «como testimonio dialectal»,¹³ porque en ellos el léxico aparece vinculado a la cultura material y porque llegan, en todos los aspectos, a niveles más profundos que los grandes atlas. Como ha destacado Alvar:

los Atlas regionales tienen enormes ventajas: conocimiento depurado de las áreas que se estudian, penetración en las estructuras lingüísticas más recónditas, establecimiento seguro de isoglosas, exacta correspondencia entre las cuestiones formuladas y las respuestas obtenidas. El gran inconveniente de estas obras es que no cobran sentido sino en el conjunto.¹⁴

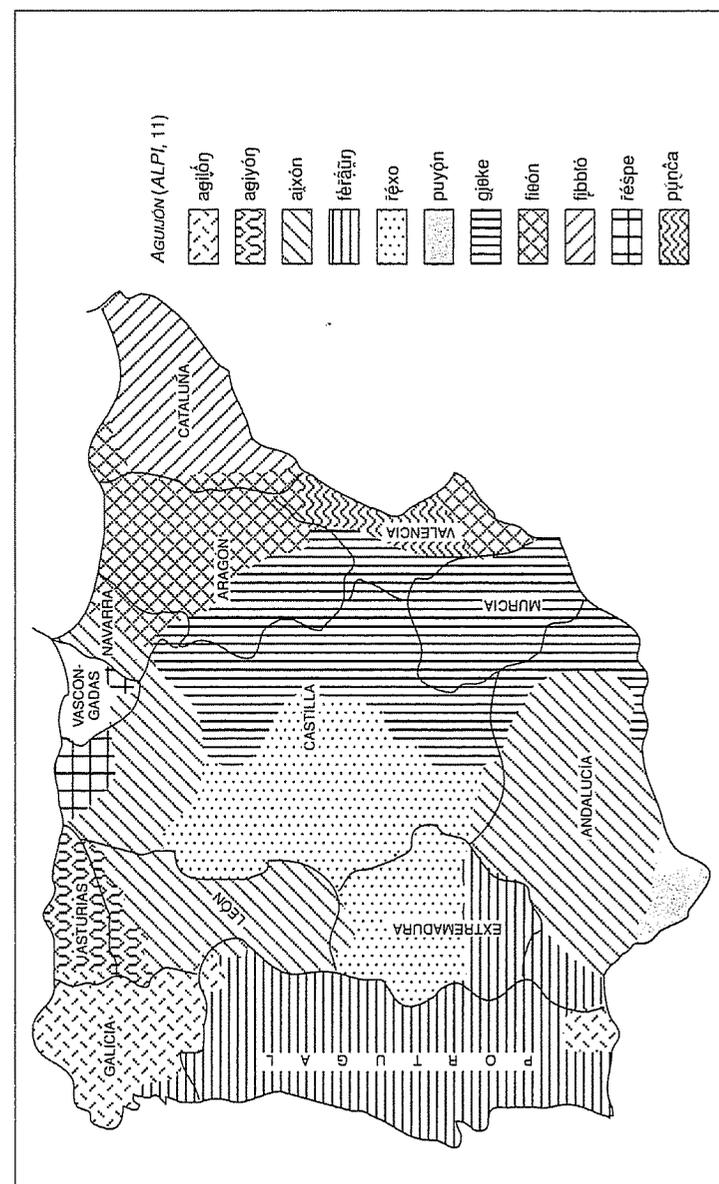
de ahí la necesidad de que coexistan atlas regionales y atlas nacionales. Estos atlas de pequeño dominio han devuelto a los estudios dialectales el equilibrio que había alterado el paso relativamente brusco de las monografías a los grandes atlas nacionales.¹⁵

12. «Grossräumige und kleinräumige Sprachatlanten», *Vox Romanica*, XIV (1955), pp. 1-61.

13. M. Alvar, *Estructuralismo...* p. 127.

14. *Ibidem*, p. 198. En casos de especial interés se han planteado atlas de mínimo dominio, pero siempre en territorios ricos y complejos e insertos en un atlas mayor. Si no, se corre el riesgo de cartografiar, como ocurrió en el caso del *Atlas Linguistic de Andorra*, unos materiales improductivos geolingüísticamente, mucho más adecuados para una monografía dialectal. Por otra parte, en los años posteriores a la segunda guerra mundial se han puesto en marcha macroatlas como el *Atlas Linguarum Europae (ALE)*, de gran interés como marco general, pero donde lo dialectal lógicamente apenas allora. De este último proviene el *Atlas Linguistique Roman (ALiR)*, que reúne en mapas sintéticos acompañados de comentarios —como en el *ALE*— materiales de todas las variedades románicas.

15. Así lo razona Cortelazzo, *op. cit.*, p. 111.



II. Mapa léxico sintético a partir del ALPI.¹⁶

16. Tomado de T. Navarro Tomás, *Capítulos de Geografía Lingüística de la Península Ibérica*, ICC, Bogotá, 1975, p. 171.

Geografía lingüística y Dialectología hispánica*

En España la situación ha sido diferente a la de países como Francia, que han pasado por todas las etapas de la Geografía lingüística. El catalán contó pronto con un primer atlas, el *Atlas Lingüístic de Catalunya* de A. Griera, hecho desde el principio a imagen del *ALF*; pero la Guerra Civil interrumpió los trabajos del gran atlas nacional, el *Atlas Lingüístico de la Península Ibérica (ALPI)*, promovido por Ramón Menéndez Pidal y dirigido por Tomás Navarro Tomás, que abarcaba todas las variedades románicas peninsulares. Sólo se llegó a publicar, en 1962, un tomo con 75 mapas, fundamentalmente fonéticos, que no pudo servir de base a los atlas regionales posteriores.

Aunque desde el punto de vista geolingüístico el *ALPI* haya tenido menos trascendencia de la que le hubiera correspondido, su importancia para la dialectología española fue grande, sobre todo por los trabajos que sus encuestadores fueron publicando. Como era natural, al ir teniendo una visión de conjunto, los investigadores del *ALPI* adelantaron estudios sobre aspectos concretos (casi todos de carácter fonético): las áreas de conservación y de aspiración de la *f*- inicial; los resultados de *é* y *ó* latinas; las zonas de ceceo y seseo, etc., que permitieron establecer algunas isoglosas y superar espacialmente la dimensión local de muchos de los trabajos de dialectología del momento.¹⁷

ATLAS REGIONALES

Al faltar el atlas de gran dominio, en España los atlas regionales se plantearon sin esa referencia. Manuel Alvar ha dirigido todos los atlas regionales publicados hasta hoy y esta circunstancia afortunada hace que la suma de ellos se acerque mucho a lo que los resultados del *NALF* han conseguido para Francia. En los años sesenta publicó su primer atlas, el *Atlas Lingüístico y Etnográfico de Andalucía (ALEA)*, con la colaboración de Antonio Llorente y Gregorio Salvador, y la profundidad metodológica de la obra explica que los atlas que han venido después lo hayan tomado como referencia primera, adquiriendo así la coherencia necesaria para hacerlos comparables y complementarios entre sí.¹⁸

— *Atlas Lingüístico y etnográfico de Andalucía (ALEA)*. Antes del atlas se sabía poco sobre el andaluz. Hoy, cuarenta años después de su publicación, sigue sirviendo de punto de partida para todos los trabajos que se hacen sobre la zona, y la bibliografía que ha generado es enorme.

* Nos ocuparemos aquí sólo de la parte que atañe a los territorios dialectales del entorno castellano o castellanizado.

17. P. ej., el conocido artículo de T. Navarro Tomás, A. M. Espinosa hijo y L. Rodríguez Castellano, «La frontera del andaluz», *Revista de Filología Española*, XIX (1933), pp. 225-257.

18. Aquí vamos a esbozar sólo su aportación a la dialectología española, porque en cada ámbito dialectal se tendrá que volver obligadamente sobre ellos.

El *ALEA* estudió un gran «pequeño dominio» ocupado por una variedad innovadora del castellano con una fonética desconcertante. Sus encuestas se enfrentaron a esa realidad y de ellas se obtuvieron conclusiones de orden fonológico, alguna tan definitiva como para caracterizar al andaluz oriental frente al andaluz occidental, a partir de la oposición que la pérdida de la *-s* final produce en la zona oriental: singular con vocal cerrada, plural con vocal abierta. También los distintos tipos de *ese* y las zonas de seseo y ceceo; la relajación articulatoria de las consonantes implosivas; el alcance del yeísmo (rehilado o no), la pérdida de la africación de la *ch*, con los desequilibrios que crean en el sistema, pudieron verse en su extensión en los mapas, pero pudo verse además cómo afectaban al léxico, a la morfología, etc. Estos procesos en ebullición permitieron comprobar muchas de las afirmaciones de la Geografía lingüística: áreas marginales, centros de irradiación, erupciones lingüísticas, vías de expansión, etc. Andalucía reunía, además, unas condiciones ideales para matizarlas desde el punto de vista histórico, ya que era tierra reconquistada en distintas etapas con una larga presencia árabe. En los mapas se vieron las áreas de influencia aragonesa (oriental) y leonesa (occidental), muy claras en el léxico, y en ocasiones en la fonética (*f* > *h*-, conservada ruralmente); la zona que deja pasar léxico portugués; los arabismos rurales apegados a la cultura material (sistemas de riego, p. ej.) y también la vitalidad de la norma sevillana, que, desde el prestigio de las ciudades, difunde sus rasgos, como el seseo, por tierras que en principio eran ajenas a sus usos. El estudio en ciertos puntos de dos informantes, hombre y mujer, y de varios en las ciudades sirvió para entrever cómo funcionaba socialmente el andaluz y cuáles eran las tendencias de los cambios en esa variedad de vitalidad arrolladora.¹⁹

— *Atlas Lingüístico y Etnográfico de las Islas Canarias (ALEICan)*. M. Alvar planteó el estudio geolingüístico de las Islas Canarias (1975-1978) como una prolongación del *ALEA*. De sus resultados se dedujo, en primer lugar, la adecuación de este tipo de trabajo a unas tierras conquistadas en el siglo xv, porque sus mapas mostraron cómo funcionan los centros de irradiación, cómo las islas marginales resultan conservadoras, cómo en ellas las novedades llegaban a través de las gentes del mar. También quedó clara la vinculación de las islas con Andalucía y la norma sevillana (seseo, aspiraciones, *ustedes* por *vosotros*, etc.), y con las tierras de América. Finalmente los mapas del *ALEICan* desterraron el tópico del arcaísmo de las hablas canarias y sirvieron para dar la importancia justa a la presencia portuguesa (sobre todo en léxicos específicos de la vid y del azúcar) y a la supervivencia del elemento prehispánico (*guanchismos* conservados sobre todo en el léxico de la fauna y la flora autóctonas).

— *Atlas Lingüístico y Etnográfico de Aragón, Navarra y Rioja (ALEANR)*. Alvar publicó en los años 1978-1983 el *ALEANR*, con la colaboración de To-

19. Cfr. los trabajos de Alvar reunidos en sus *Estudios de Geografía Lingüística*. Paraninfo, Madrid, 1991, espec. pp. 185-271.

tos rurales y en el estudio con metodología sociolingüística de las capitales,²⁴ lo cual va a facilitar el seguimiento de las tendencias en los cambios.

En estos momentos M. Alvar ultima la publicación de las encuestas correspondientes a la actual Comunidad de Castilla y León, encuestas que él coordinó, a partir de los años setenta,²⁵ en todas las zonas sin atlas regional, y que han posibilitado la colaboración española en el *Atlas Linguarum Europae*.²⁶

En la América que habla español, la Geografía lingüística se ha hecho con la vista puesta en la europea.²⁷ Hay atlas de distintos enfoques y de épocas distintas también. Aunque se llegó a cuestionar la adecuación del método geolingüístico a grandes espacios conquistados y castellanizados sobre lenguas amerindias muy diferentes —algunas de las cuales sobreviven—, la experiencia ha demostrado la validez del método: Tomás Navarro Tomás, además de su *Cuestionario Lingüístico Hispanoamericano*, que ha servido de base a muchos trabajos de dialectología americana, publicó su pequeño atlas lingüístico de Puerto Rico (1948); después vinieron el *Atlas Lingüístico y Etnográfico del Sur de Chile* (ALESuCh, I, 1973), dirigido por Guillermo Araya, que sigue muy de cerca la metodología del ALEA de Alvar; el gran *Atlas Lingüístico de Colombia* (ALC, 1981-1983), dirigido por Luis Flórez. En los últimos años se han editado los tres primeros volúmenes del *Atlas Lingüístico de México* (ALM, 1990), dirigido por Juan M. Lope Blanch, fruto de los trabajos emprendidos para la delimitación de las zonas dialectales del país, que da una imagen de conjunto del México más reciente,²⁸ y están muy avanzados los trabajos del *Atlas Diatópico y Diastrático del Uruguay* (ADDU) de Harald Thun y Adolfo Elizaincín, que cartografiará los datos espaciales con los de distinto nivel en la misma red de encuesta. También están planteadas otras empresas geolingüísticas en la Argentina y en el Ecuador; pero la gran tarea, el macroatlas del español de América, tan necesario como marco para cualquier estudio dialectológico, es el *Atlas Lingüístico de Hispanoamérica*, dirigido por M. Alvar y Antonio Quilis, atlas de gran dominio en su concepción, donde el adjetivo *grande* parece insuficiente. Su publicación por zonas —inminente la del Caribe—, encuestadas todas con idéntica metodología, dará la información global que falta hoy para estudiar el español de América y plantear las necesarias empresas parciales.

24. Hasta ahora, la elaboración de materiales de las provincias de Toledo y Ciudad Real ha permitido registrar aspiración de -s implosiva hasta el norte de Toledo, grandes zonas de confusión de r/l, sobre todo en el Campo de Calatrava, que enlaza así con el norte de Córdoba, y la pérdida de la oposición entre ll/y para casi toda Ciudad Real y Toledo, donde hay islotes de conservación.

25. En 1974 se publicó el Cuestionario. Estos materiales constituyen también la principal fuente de la colaboración española al *Atlas Linguistique Roman* (ALIR).

26. Existen otros atlas en marcha, como el atlas de mínimo dominio que estudia el Bierzo y que lleva a cabo Manuel Gutiérrez Tuñón, y los proyectos de un atlas lingüístico para Valencia —que coordina María Teresa Echenique— y de otro para Murcia.

27. Para una visión general, vid. P. García Mouton, «Sobre geografía lingüística del español de América», *Revista de Filología Española*, LXXII (1992), pp. 699-713.

28. Metodológicamente, parte del análisis de grabaciones de varios informantes por punto, y cartografía la media de las tendencias, lo que hace difícil la interpretación geolingüística de esta gran obra dialectológica.

Geografía lingüística y Dialectología

Mirando hacia atrás, se puede afirmar que la Dialectología ha ganado mucho con la aparición de la Geografía lingüística. En primer lugar, a partir de ese punto, la metodología se hizo rigurosa hasta extremos desconocidos antes: se desterró en la práctica la encuesta por correspondencia, se huyó de los aficionados locales y se acudió directamente a la fuente misma, al informante; se transcribieron sus respuestas, y se trabajó con un cuestionario que resumía los objetivos de la investigación.

Esa metodología aplicada a los distintos puntos de encuesta permitió compararlos sin riesgo de error. De los resultados de este examen pronto se obtuvieron importantes conclusiones teóricas. Por ejemplo, a la pregunta decimonónica de si existen límites tajantes entre los dialectos, los mapas autorizaron a contestar que no hay límites, sino haces de isoglosas que se cruzan y no suelen coincidir; que sólo existen límites definidos en el mar, en algunas fronteras políticas, etc. Esto, constatado básicamente a partir de fenómenos fonéticos, en el léxico resultaba tan llamativo que se concluyó que cada palabra tiene su propia historia, historia que no tiene por qué ir acorde siquiera con la de otras palabras de su misma familia. ¿Por qué? Porque un estado de lengua surge de un compromiso entre fuerzas conservadoras e innovadoras; no depende de una inercia evolutiva ciega, sino de un equilibrio derivado de la actividad misma de los hablantes, que buscan en su lengua un instrumento de comunicación rentable y prestigioso. Los mapas mostraron todo esto, y en ellos se pudieron trazar las zonas conservadoras, los centros de irradiación, las vías de expansión, etc., que dieron origen a la reflexión teórica que llevó a establecer la «teoría de las áreas lingüísticas».²⁹

La Geografía lingüística removió también alguna de las bases teóricas de la Dialectología: si no existen límites, fronteras, no existen dialectos. Al menos en un primer momento hubo quienes lo interpretaron así en sentido estricto. Sin embargo, los mapas lingüísticos nunca negaron, sino que matizaron, el concepto que está en la base misma de la investigación —el de *dialecto*—, al tiempo que reconocieron al hablante su protagonismo en el cambio lingüístico. El dialecto pasó, de negarse, a considerarse como una abstracción necesaria. Ante la variación en el espacio, la Geografía lingüística impuso el principio de que existe unidad en la variedad —por eso busca un informante para representar a toda una comunidad de habla—, lo mismo que el principio de la continuidad de áreas —la lengua es un *continuum*, una realidad continuada—, que se da por supuesta, de ahí que se estudie como significativa cualquier fragmentación.³⁰

Antes de la Geografía lingüística, los dialectólogos investigaban con afán globalizador en puntos concretos, y sus trabajos solían titularse *El habla de tal sitio, de tal zona*. Como consecuencia natural de la presentación

29. Para profundizar en estos aspectos son muy útiles las páginas 147-153 del libro cit. de Co-seriu.

30. *Ibidem*, pp. 156-157.

de los materiales en mapas, empezaron a publicarse cada vez más estudios onomasiológicos, del tipo de *Los nombres de tal cosa en tal sitio* que, partiendo del mapa de un concepto, señalaban áreas, estudiaban cuáles eran las voces conservadoras o innovadoras, aclaraban problemas etimológicos, etcétera. Cuando, en vez de trabajar con un solo mapa, se trabajó con varios relacionados semánticamente, se hicieron claros avances en temas de semántica estructural.³¹ Finalmente, de la suma de los mapas de un atlas se pueden llegar a obtener conclusiones definitivas para un dominio: sólo hay que valorar los mapas del tomo VI del Atlas de Andalucía, que caracterizaron, desde la fonética, la fonología, la morfología, el léxico (en sus relaciones etnográficas) y la sintaxis, la complejidad del andaluz.

Sin embargo, la Geografía lingüística no lo resuelve todo. Desde el primer momento, algunos dialectólogos de orientación historicista criticaron la nueva metodología, oponiendo la profundidad de las monografías y de los glosarios a la pretendida superficialidad de los grandes atlas. Con el paso del tiempo, y ya sin apasionamientos, se puede afirmar que Dialectología y Geografía lingüística han ganado al complementarse, porque ambas tienen sus limitaciones.

Las principales críticas que se han hecho al método geolingüístico son las siguientes:

- Se encuesta sólo unos puntos determinados, no todo el territorio.
- Se interroga habitualmente a un informante por localidad, lo que excluye la posibilidad de observar procesos en marcha (niños, jóvenes, etc.).
- Un atlas responde a un momento dado (una sincronía convenida) y no a un corte anterior o posterior.
- El cuestionario impone una relativa formalidad en la relación entre encuestador e informante.
- La mecánica pregunta-respuesta suele obtener una sola respuesta, concreta, pero hace perder sinónimos parciales, voces afectivas, etc.
- Un cuestionario no recoge todo el léxico, ni puede dar una imagen perfecta de la fonética, la morfología y, menos aún, de la sintaxis.
- Un atlas sólo investiga el nivel que representa un informante rural, de cierta edad, poca instrucción, del lugar.

Pero ¿qué investigación se ocupa de todos esos fenómenos? La discusión sería inacabable. Juzguemos las cosas por lo que son y no por la voluntad de cada investigador, cuyos intereses suelen ser muy parciales.

En la Geografía lingüística, parte de estas limitaciones las ha subsanado su propia evolución metodológica, al plantear encuestas múltiples en los casos de mayor interés dialectal; al recoger grabaciones de «textos orales» o *etnotextos*, en los que el informante abandona la formalidad; al abordar núcleos urbanos con enfoque sociolingüístico, etc. Otras son inherentes al método,³² que no pretende hacer una monografía en cada punto de en-

31. Cfr. G. Salvador, «Estudio del campo semántico "arar" en Andalucía» (1965), recogido en *Semántica y lexicología del español*. Paraninfo, Madrid, 1985, pp. 13-41.

32. En cambio, algunas de las críticas referidas a la posibilidad de errores por una pregunta mal formulada o una respuesta mal interpretada son igualmente achacables a cualquier trabajo dialectológico tradicional.

cuesta. Pero un atlas no es la suma de tantas monografías como localidades encuestadas; ese trabajo exhaustivo no le corresponde. Un atlas cartográfico sólo parte de la realidad lingüística de esos puntos —la más caracterizadora— y la presenta en el espacio. La Geografía lingüística asume ese trabajo y los posteriores de estudio e interpretación de sus mapas, que tanto han hecho avanzar la consideración de la lengua como organismo vivo y sistema de isoglosas.

En definitiva, los atlas proporcionan, ordenadas, grandes masas de datos dialectales vivos y homogéneos, recogidos con una metodología rigurosa, que permite un trabajo comparativo, y este panorama de todo un dominio lo consiguen en un tiempo relativamente corto. A partir de ellos, las monografías se pueden hacer con muchas más garantías, en un marco fiable en el que cobran sentido.

Finalmente, quizá convenga señalar también que la Dialectología se ha beneficiado de las innovaciones de los atlas: p. ej., de la Geolingüística tomó el interés por incorporar a sus tareas los indicadores de variación social que la habían acercado a la sociolingüística dialectal, mucho antes de que llegara a la Romanística la influencia anglosajona. Del mismo modo, una disciplina tan actual como la *dialectometría*, que mide las distancias dialectales ayudándose con fórmulas taxonómicas aplicadas informáticamente, nunca podría haberse llegado a plantear de no contar con el material básico: los atlas lingüísticos.³³

Igual que un niño se sitúa en su pueblo o en su ciudad, luego en su país, en su continente y en el mundo a través de los mapas de un atlas convencional, en un atlas lingüístico el informante trasciende su comunidad de habla, y su variedad se inserta en estructuras superiores, en las que encuentra su explicación más auténtica. Es evidente que, a lo largo de este siglo, las aportaciones de la Geografía lingüística han ensanchado los horizontes de la Dialectología.

33. Tampoco muchos de los estudios derivados de ella, como los que establecen relaciones entre áreas genéticas y áreas lingüísticas a partir de la comparación de los resultados cartográficos de geolingüistas y genetistas.